



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12813

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 28 DE JULIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Loreta, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Las subsistencias

El señor alcalde está dispuesto á ir hasta lo último en la cuestión de subsistencias.

Lo celebramos y le ofrecemos nuestros plácemes por su decisión.

Y le ofrecemos más; le ofrecemos nuestro débil apoyo, aunque bien comprendemos que no lo necesita, por que en esas simpáticas campañas libradas por honor de la justicia y en beneficio de los desheredados, el apoyo más sólido se encuentra en la satisfacción del bien obrar y en la gratitud de los beneficiados.

Hablamos de los pobres por que á ellos alcanzará el mayor beneficio en la campaña por las subsistencias. Por ellos debe abrirse en primer término; por ellos debe continuarse y por ellos y siempre por ellos debe vigilarse el peso, la medida y otras cosas, incluso los precios. En realidad, sino afectara de un modo tan enorme á las clases humildes, no valdría la pena de nombrarla. ¿Qué suponen á la familia rica veinte ó treinta céntimos diarios extraídos indebidamente por la hábil mano que maneja el peso ó llena la medida? Nada.

Pero suponen mucho para las clases pobres, especialmente para los braceros, para esos infelices que ganan dos pesetas el día que trabajan y ante cuya presencia surge en la mente esta pregunta:

Con dos pesetas y el precio de los comestibles por los cielos ¿qué comerá esta gente?

¿Verdad que es un problema?

Pues bien, á esos pobres braceros cuyos hijos no irán nunca satisfechos de pan, se les esclafa no sólo el dinero sino también la vida; por que claro es que si con dos pesetas se puede comer poco, con

una setenta y cinco céntimos no habrá para tanto y la familia del bracero tendrá que repartir un real de hambre para que el gasto venga justo. Y véase por donde lo que no afecta á la familia rica abruma á la del pobre y lo que hecho con aquella es simple estafa, hecho con quien gana salario reducido es verdadero crimen.

Comience la campaña el alcalde y lleve á los últimos límites. Corte con mano firme el criminal abuso de ciertos vendedores que al cambiar la mercancía por dinero no se conforman con la ganancia justa sino que la acrecientan robando al comprador.

Y no olvide que el problema de las subsistencias tiene otro aspecto aparte el económico,—el higiénico—y que éste importa tanto como aquél, no ya á determinada clase, sino á todas, porque la adulteración no afecta el bolsillo sino á la salud.

¿Con qué agua se amasa la harina para hacer el pan? ¿Con qué leña se cuece? Ciertas clases de vino que al beberlo producen dolor de cabeza ¿qué contienen? ¿Qué elementos entran en el chocolate barato?

Hay que hacer mucho en eso de las subsistencias, si se aspira á desarraigar abusos que han tomado carta de naturaleza en las costumbres, hasta el punto de no alterar la conciencia de quien al vender a un infeliz medio kilo de pan le roba veinte gramos.

Venga esa campaña, señor Sanchez Doménech.

Plantese el poste en el mercado; clavese en su extremo la tablilla y... ¡a escribir nombres de vendedores mal acostumbrados para que los conozca el público!

TIJERETAZOS

Como «El Gráfico» culpa de lo que sucede á Maura, Nozaleda y Linares, hace un

quite «La Correspondencia» con estas palabras:

«Somos justos y no culpamos de faltas ajenas á quienes tanto tienen con las propias.»

«¿Quién sino la prensa fomenta todo lo insano, narrando, en forma ya abolida en Europa, todas las atrocidades del crimen y del vicio y cuantas minucias pueden excitar la sensibilidad de la ignorancia popular?»

«¿Quién sino nosotros, los Rotativos, con ilustraciones ó sin ellas, tiene la culpa de que perdure en España la barbarie de esas luchas, fomentadas por largas columnas de prosa periodística y por sonadas informaciones gráficas, en las cuales aparecen, cual si fuesen héroes del día, los toreros retratados en la calle, en la mesa, en el tocador, en la cama, vestidos y medio desnudos, con el traje de luces y con la ropa de chuloto?»

Muy bien dicho; mientras la prensa dedique atención preferente al escándalo taurino y al crimen brutal, tendrá que meterse en el corro de los responsables.

Cada palo que aguante su vela. Eso es lo equitativo.

Relatando la lucha de fieras celebrada el domingo pasado en San Sebastián, dice un articulista:

«El público no quedaba satisfecho con aquel término incruento y soso; el público había acudido para ver una lucha de inaudita ferocidad, un desgarramiento de carnes y un unír pavoroso, un saltar y revolverse de fieras descontentadas, un acto de horrenda crueldad. Y cuando el quietismo de las fieras, la fiera del público tomó parte en la lucha y la hizo más cruel.»

Lo peor de todo es que en ese espectáculo tremendamente bárbaro estaban confundidos los que dirijen y los que obedecen.

Por eso croantos que esta nación no tiene cura.

Sus hijos más cultos asoman la punta de la oreja si ven anunciada la lucha de un tigre y un toro.

Según dicen á un colega desde San Petersburgo, la movilización rusa de los reservistas contribuyó á hacer la guerra impopular.

Mal síntoma. La desorganización ya era un elemento en contra para alcanzar el triunfo.

La impopularidad encierra un peligro mayor.

Pero allí se las haya quien lo ha de correr.

LAS CRIADAS

El espíritu de asociación, paño de lágrimas de todos los atigidos, cunde y se propaga.

Por ahí anda, rodando por las columnas de los periódicos un circular de las doncellas y cocineras quejándose amargamente de los malos tratos á que se las someten, los ruines salarios con que se retribuye su trabajo excesivo y la clausura horrosa que sufren.

Realmente, como dicen en cierta zarzuela... «no hay oficio más malo—que ser doncella» y eso de la clausura es en verdad terrible, y se impone un cambio completo en las costumbres.

Lo corriente es que las doncellas de servicio, á de labor, sajan de paseo solo un domingo al y otro no ó sean cada quince días.

No hay incompatibilidad entre la doncella y el noviazgo, antes al contrario, á nadie le puede extrañar que una doncella honrada tenga su correspondiente quebadero de cabeza, pero no podrá ver al novio, sino dos veces al mes, en las horas de paseo, esto es, desde las tres de la tarde hasta el crepúsculo, ó sea hasta anoche ciego.

Eso es lo reglamentario, pero ¡buenas están las leyes y los reglamentos en estos tiempos!

Pocas cocineras y doncellas de servir dejarán de ver á su «arrimo» una vez al día cuando menos, y á veces dos y aun tres, y se dan casos de que el de por la mañana no sea el mismo de por la tarde.

El amor, para la mujer, sea clase pudiente, ó criada de servir, es, además de un sentimiento, una carrera que hay que seguir pensando continuamente en el día de mañana.

Con frecuencia se oye decir que la carrera de la mujer es el matrimonio y en este concepto, el tener novio, es para la bella mitad del género humano una ocupación análoga á la de los estudiantes que siguen un curso de sus estudios.

La que atrapa un novio y tiene la suerte de convertirlo en marido, se redime, deja el servicio, es decir, de ser doncella ó criada para convertirse en ama.

Lo que no deja es el piano culinario, ni

el fogón, porque si antes atropellaba los platos de sus amos, después sólo frlega los suyos.

Pero en su, mientras se redime ó no; esto es, mientras pascen el marido que ha de sacarla de la «horrorosa clausura», la sirvienta pasa la pena negra aguantando las genialidades de la señora, las desconfianzas de todos los de la casa y las molestias de todo género que el servicio proporcióna. Verdad es que sea todo lo que puede, pero si no fuera por eso ¡aviuda estaría!

La circular de las cocineras y las doncellas es un documento salido del fondo del alma, es un grito de angustia que parto los corazones.

Habla de «la triste ortandad que por regla general soportan, encontrándose á gran distancia de sus afectos filiales...» ¡Pobrecillas!

La nostalgia de la tierra, privarse de oír la campana del pueblo, la esquila del rebano, el congreso del choto... por buscar lejos, muy lejos, un mezuquino y miserable salario.

¿Y el peligro que corre «en hora» cuando se desacomoda?

La circular deplora la excepción que de las cocineras y las doncellas hacen las leyes, que regulan el trabajo de la mujer.

Mucho hablar de la trata de blancas, y de proteger á las obreras de las talleres y de las fábricas pero nada para las pobres sirvientas.

En realidad; eso es imperdonable. Esas y otras razones que no son del caso demuestran la necesidad que tienen las doncellas de mejorar su condición social, creando un organismo que las libre de la explotación y de la esclavitud en que se encuentran.

¡Vivan las doncellas libres! ¡Cuán hermosa es la libertad!

Y ya que en el ramo de criadas el ser doncella es un fastidio, la que por su desgracia y no haber nacido rica no tenga más remedio que serlo contra su voluntad, si quiera que disfrute de libertad... dentro, naturalmente, de las conveniencias sociales.

Es preciso, por consiguiente, que las cocineras y las doncellas se asocien, «que se respeten sus legítimos derechos» y, en una palabra, que se emancipen; y eso sólo se puede conseguir por medio de la Asociación.

Cuando las criadas de servir, ora cocineras, ora doncellas, pues no todas lo son, y cada cuál elija, según su vocación; el

LOS DOS HERMANOS

137

—Así me gusta, «el señor», yo quiero ser vuestra hija, y vuestra hei mana tambien, yo seré vuestra mamita para consolaros cuando estéis triste, vuestra es posa y vuestra amiga para amaros siempre.

¿Y vos?

—Yo, Blanca mia, le respondió Jorge dulcemente conmovido por esa ternura confiada, digo tambien que no solo seré tu esposo, tu amante, tu amigo, sino tambien tu hermano y tu padre.

Reuniremos en nuestro amor todas las afecciones que Dios nos ha puesto en el corazon, y de ese modo, seremos fuertes.

—Y no iremos á malgastar nuestra felicidad entre los indiferentes, ¿no es verdad, Jorge mio?

—No, Blanca; no, mi amiga. La verdadera felicidad huye del bullicio; necesita la intimidad, la calma, casi la soledad.

—¿Qué bien me has entendido, amigo mio!

—No conviene que el amor se desgrane y disperse por los salones y que llaman fiestas los indiferentes.

—No iremos á ellas, ¿verdad?

—Cuanto menos, será mejor. No visitaremos á nadie, ni recibiremos en nuestra casa sino cuando se trate de un deber.

—Eso es lo que yo queria decir.

LOS DOS HERMANOS

136

Preciso fué ceder á tan amistosas instancias y en lo sucesivo, Fritz tuvo una familia.

—Sed mil veces dichosos, con la bendición de Dios, dijo á Jorge y Blanca marchándose á ocultar su emoción.

Poco es lo que valgo; pero todo lo que puede daros un corazón apasionado y leal, os lo doy yo.

Los jóvenes solos permanecieron un instante pensativos y satisfechos, y en seguida, Blanca, rompiendo el silencio, dijo á su amigo:

—Es muy propio de vos, Jorge, y por mi parte, os doy las gracias, mi muy amado, de haber pensado decidirse á Fritz.

—La idea no ha sido solo mia, mi dulce Blanca, la iniciativa procede de vuestro venerable abuelo.

—¡Oh! ¡et es también bueno!

—Es el hombre mas perfecto que he conocido yo en mi vida.

—¿Verdad que es así? ¡Ah! Jorge, me colmáis de gozo cuando os oigo hablar en esos términos de las personas en quien idolatro.

¡Oh! yo quisiera que habiérais conocido á mi malogrado padre; pero os parecéis tanto á él, que es un vivo retrato suyo.

—¿Qué dices, querida hija?

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 133

Pues hagamos un poco de bien para entretener el tiempo, y así se pasará pronto.

En su admirable egoismo, jamás le había pasado por las mientes la ambiciosa idea de vivir con sus amigos, y no porque no los amase mucho, deseaba ya verlos partir.

Yo me apasiono pronto, y héme aquí que tendré ya para un año á lo menos con el sentimiento de la separación.

La fonda del «Agulla negra» tenía un espacioso jardín, y á la conclusión de él un bosque, donde Jorge, despues de su convalecencia, gustaba pasearse solo ó con su encantadora Blanca. Dos corpulentas hayas seculares, restos de algun bosque antiguo que el hacha del leñador había respetado, formaban la entrada del bosquecillo.

Tras de ellas se encontraba un recinto formado por altos carpes tan copudos, que interceptaban completamente los rayos del sol.

Jorge gustaba mucho de este sitio, que le recordaba la antigua haya del bosque de Pouilly, protector mudo de los juegos de su infancia.

Allí iban á sentarse en un banco rústico, y entregarse á sus pensamientos á conferenciar con Blanca